

por todos quienes inscribirán en él una actividad, no sólo por un pequeño grupo de profesionales, seguros de su competencia.

La urbanidad reclama, entonces, una nueva concepción de la arquitectura en acción. La palabra clave, de acuerdo con Sarfati, es apertura, apertura del sistema de referentes, de la elección de materiales y técnicas, del diálogo con los diferentes intervinientes. Apertura estratégica, adaptativa, en la que cada parte goza de autonomía sin por ello olvidar los conjuntos superiores al objeto arquitectónico.

Maurice Culot entendió que las sociedades superindustriales consumirán y destruirán todo: las ciudades y los pueblos, el campo, los bosques, el mar.

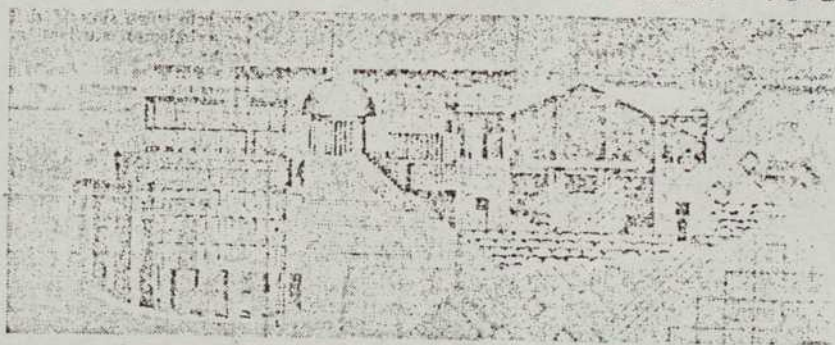
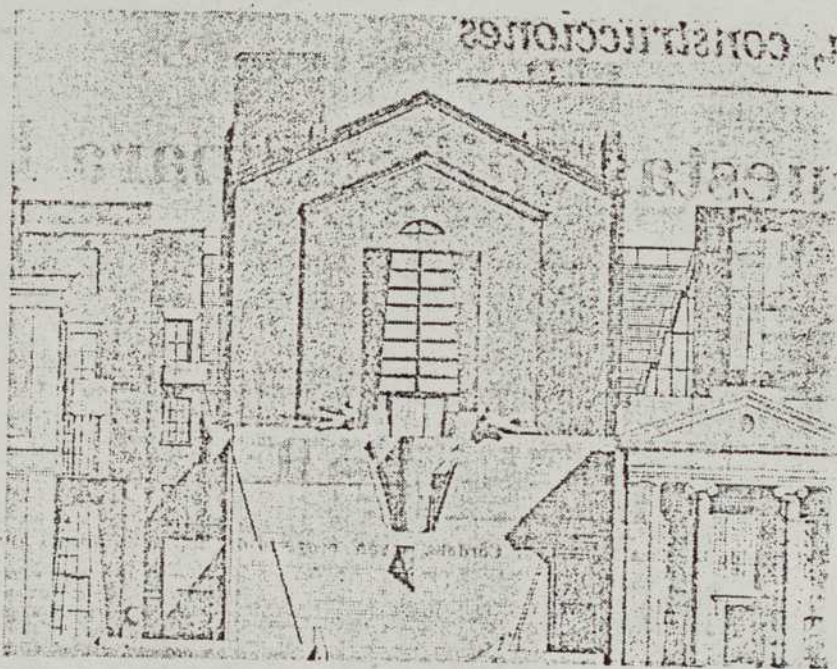
Ante este proceso arrasador, que al mismo tiempo diluye las responsabilidades de sus ejecutores, no pueden sino oponerse un proyecto global y una estrategia para la reconstrucción de las ciudades europeas.

Tal estrategia —que desde el punto de vista de los arquitectos persigue también la meta de reconstruir los medios filosóficos de la arquitectura— sólo hallará una base estable en el pasado, en la imitación —no en la interpretación— de la cultura arquitectónica y urbana preindustrial.

No sólo porque esta cultura es una realidad, no una abstracción, sino también porque batirse por la arquitectura y la forma urbana tradicionales y por todos los conceptos históricos que los cimientan es afrontar directamente la estructura de la producción industrial. La labor de los arquitectos en el seno de esta resistencia es la del intelectual con responsabilidades teóricas afirmadas, no la del técnico.

La ciudad —señaló Gaetano Pesce— es el conjunto de las expresiones, de las personas que en ellas se expresan de acuerdo con los vastos aspectos del carácter humano. Es un devenir continuo. Hay quienes, desde hace generaciones, perdieron muchos de los medios espontáneos de la persona humana y tratan de convencer a los que no los perdieron de que se dejen "normalizar". La ciudad es todo lo contrario de esto.

Coincidiendo con Culot, John F. C. Turner declaró que ninguna reflexión, ninguna propuesta significativa son posibles si ignoramos las amenazas de aniquilamiento brutal o, acaso, de muerte lenta que implicaría un desplazamiento de la biosfera; el crecimiento incesante del número de desfavorecidos; el derroche de los recursos naturales; el sufrimiento moral de las víctimas de la alienación, en particular, los jóvenes, que no logran hallar su sitio o su razón de ser en la vida moderna.



Dos vistas de la propuesta de los arquitectos Machado y Silvetti

Para que nuestras sociedades tengan un significado coherente deben retomar en cuenta, en ciertas actividades esenciales como la edificación de viviendas, la economía, la justicia, la paz, la producción y el consumo. Porque la vivienda concierne a todos: cada uno, según sea más o menos cuidadoso, más o menos negligente, contribuye al deterioro o a la mejora de la vivienda y, por lo tanto, de las ciudades.

La mayor parte de los recursos que extraemos del entorno, o que fabricamos —la tierra, los materiales, las herramientas, las máquinas, la energía— son utilizados para nuestra vivienda y nuestras actividades locales. De ahí que el modo de construcción y mantenimiento de nuestras casas y barrios sea fundamental. Y es en este dominio donde existen las posibilidades más numerosas y ricas de cambios estructurales.

De su lado, Damien Hambye calificó la morfología urbana de ser uno de los mejores medios de control de las operaciones de reconstrucción. Rechazando el estado

de nostalgia, la ciudad será resultado del embrollo de nuestras diversidades. Desde comienzos de siglo, la ciudad es el caos, porque la demanda no ha sido precisada ni exigida para determinar otro tipo de oferta. El caos aparente de nuestras ciudades es la expresión de una sociedad sin consenso también aparente.

La Carta de Atenas, objeto de ese caos, es la antítesis de aquella urbanidad. Pero, la urbanidad tampoco será demasiado legible, y si caótica, compleja, acumulativa, aunque por una razón distinta: porque traducirá las diferencias.

La urbanidad en acción

Ya señalamos que los autores de las propuestas seleccionadas por la Bienal de Arquitectura corresponden a dieciocho naciones. La mayoría, naturalmente, atañe a Europa y, dentro de Europa, Francia, con quince iniciativas. Asombra, en cambio, el de contribuciones norteamericanas. No hubo representación de Asia ni de Oceanía, aunque es cierto que fracasaron algunas solicitudes y envíos.

En cuanto a la América latina, sólo nuestro país, México y Chile figuraron en la muestra. La Argentina concurre con dos aportes: uno, de origen local —valga la redundancia— y otro del exterior. En efecto, la reestructuración de la avenida Nueve de Julio —Luis Beneditto, Sandro Borghini, Edgardo Minond, Rubén Pesci, Carlos Ramos y Miguel Ángel Roca— proviene de un grupo de arquitectos compatriotas que viven aquí.

Su proyecto es el de dotar a Buenos Aires, una vez que la avenida Nueve de Julio quede vacía al tenderse la autopista subterránea, de un centro metropolitano —el centro que perdió, precisamente, al abrirse aquella vía— que haga la unión de la ciudad horizontalmente. Unas macroestructuras ligan, en el cruce de la Nueve de Julio con las diversas avenidas que la interseccionan, los bordes de aquella, sirviendo de receptáculo a explanadas, salas de espectáculos, galerías de exhibición, locales de comercio, etcétera.

(continúa en pág. sig.)